

del viajero, y hasta me pareció que alguna alquimia había agregado belleza donde había de sobra, una gracia adquirida por la inteligencia. Intentó convencerme de que lo ocurrido procedía de una mezcla de engaño y chantaje que había ejercido el campeón sobre ella, la núbil acorralada por el lobo feroz. No planteaba correctamente la cuestión, más bien todo indicaba que había actuado por una inclinación tan natural como tramposa; pero, como he oído decir alguna vez, yo no era santo ni la historia religiosa, y terminé aceptando servirle como mensajero, un pedido de perdón a Roberto con el que, a la vez, le hacía saber que lo quería. Roberto no dejó ni un instante de mirar el techo mientras yo, con la incómoda impresión de estar dando un paso en falso (sobre todo falso), recitaba exactamente sus palabras.

Al tiempo, alguien dijo que Erika se había casado con un primo en Munich; luego llegó la desmentida, de modo que seguía soltera y postulada al éxito, con historias llegadas desde Viena, París o Amsterdam; ese tipo de mujer mundana que llega a una fiesta, ofende a dos o tres y se va sin despedirse; por fin se dijo ambiguamente que las dos versiones eran ciertas y se insinuó que andaba por ahí, volando sin paracaídas. El sistema local de propalar noticias tenía algo de baja calidad, un expolio de la vida ajena, y así, cuando advertí que yo también colaboraba, y me encontré una noche en el Náutico sacando conclusiones sobre el viaje de Erika, tuve una visión molesta de mí mismo, una insinuación del destino de que yo también terminaría hablando con palabras notariales. Tal vez por eso no quise comentar con nadie cuando me llegó una tarjeta postal, un angelote barroco con la boca abierta y los ojos extraviados en la contemplación celeste; y detrás, con letra firme: «Fumo mucho. Pierdo el tiempo. Me aburro. Te besa, Erika.»

No era fácil saber si había allí una insinuación, pero me dejó dos días leyendo y rele- yendo esas pocas palabras que decían mucho y callaban más. Cualquiera fuese la verdad de su viaje, mi idea sobre Erika excluía el desengaño; esas líneas me dejaron con la extra- ña indecisión de no saber a qué atenerme. Pero al tiempo yo también me fui y todo des- plazamiento cambia el punto de mira, acepté un trabajo en Bahía Blanca, de allí pasé a Coronel Pringles, y finalmente comencé en Buenos Aires a asegurar vidas ajenas, ya que con la mía no sabía qué hacer, hasta que la casualidad, la forma más agradable de organi- zación social, hizo que una tarde de lluvia, cuando todo iba mal y prometía ir peor, tocara el timbre de su puerta.

Una versión bastante aproximada hubiera dicho que, sentados en aquel living decaído, tratando cada uno de agrandar al otro, éramos dos extraños llenos de complicidades. Ella también hacía fuerza por reunir sus pensamientos para saber cómo tratarme; tenía a su favor la indudable ventaja de saber dónde estaba el whisky, de modo que alzó los ojos, que todavía movían inmensidades, y anunció que iba a buscar hielo. Los chicos comenza- ron a chillar en cuanto la vieron; esperé como un estoico que llegara de alguna parte la salvación entre el fuego cruzado de esos niños y la amabilidad, tal vez forzada, de la madre.

Cuando me fui a Bahía Blanca, Roberto ya había superado su dificultad y andaba, con buena salud, noviendo por ahí; era fácil adivinar que cualquier resto de aquella historia tenía los días contados. No fue así. Un día, ya en Coronel Pringles, recibí la noticia de que Erika había vuelto de su viaje, al poco tiempo se casaba en secreto con Roberto. Todo

apuntaba a un exceso de premeditación, y mi primera reacción fue enfurecerme; me sentía estafado por ambos, un desenlace acomodaticio, con manotazos de ahogado; luego entendí que había una lógica aplastante, los hechos se conducen con más conocimiento que nosotros, ese final tenía para ellos algo de recapitulación. Mi pequeña escaramuza con Erika no podía computarse entre los hechos, ya que yo no había hecho estrictamente nada; de estas omisiones se saca experiencia, a falta de otra cosa. Lo último que supe de ellos es que se habían ido a Bahía Blanca —era cómico, la pareja me seguía los pasos—, y que allí vivían en una complicada atmósfera de disputa; después se esfumaron del paisaje.

Pero ahí estaba nuevamente Erika, con los hielos en la mano, se había colgado unos aros blancos, una estudiada decoración en aquel living, la sonrisa artificiosa y su manera impecable de sentarse con las piernas cruzadas; me pidió un cigarrillo, también ella necesitaba afirmarse, y mientras se lo alcanzaba, y le acercaba un fósforo prendido a la boca, vi que se alejaba a gran velocidad de la mujer doméstica rodeada de hijos, una carrera enloquecida hacia la mujer de mundo que había soñado ser. Se apoyó en el respaldo, se daba tiempo para hablar; mientras tanto me miraba con ese viejo arte que no la había abandonado. Los cambios eran notorios, pero no implacables, los hombros más redondos, más anchas las caderas, el cuello ya no era de cisne (comparación que le hubiera encantado al presidente del Náutico), pero la cara era fresca, retenía toda su consistencia, y algún gesto ingenuo, una manera determinada de ponerse de perfil, la devolvía a la adolescencia; tal vez eran señales de desvalimiento, conmovedoras señales que ella enviaba sin saberlo.

Hablábamos de manera imprecisa, información salpicada sobre el devenir; los chicos se instalaron en silencio en un rincón, disimulando su existencia, y me miraban como si estuviera a punto de ponerme a volar; el menor dormía en la habitación del fondo, o se tomaba un descanso antes de atacar. Erika movía despreocupadamente las manos y se reía en cualquier dirección mientras su vecino continuaba demoliendo «Para Elisa». Le pregunté por Roberto.

—Se fue. Ahora vivo sola.

—¿Sola? —señalé a la infancia, milagrosamente seguía inmóvil; se rió, era evidente que para un portaaviones de su calado vivir sola significaba otra cosa.

Su vida con Roberto había sido un desastre, no tuvo reparo en contarme peleas interminables, con golpes incluidos, y, según entendí, porque quedó en una seña inacabada, terminaron, cada uno por su lado, dedicados al olvido alcohólico. Al parecer no se ahorraron nada, insultos, celos terribles, trampas y malignidades; un verdadero muestrario.

—Estaba convencido de que cada vez que salía a la calle era para encontrarme con un hombre —pero lo decía sin rencor, alegremente, como si no guardara un mal recuerdo de esa vida convulsa. Un día la discusión llegó al escándalo. Roberto rompió todas las fotos en que estaban juntos y al día siguiente se fue con lo puesto; desde entonces no había vuelto a saber nada de él, ni una mínima pista en ningún lugar conocido de la tierra.

—En el fondo me alegré, ha sido una solución para los dos. Ya estaba completamente loco. ¿Sabés qué me dijo antes de irse?: ahora estamos a mano. ¿Vos lo entendés? —y tenía un aspecto de no entenderlo que casi enternecía.

—No, tampoco lo entiendo. ¿Le habrás hecho algo malo?

—¿Algo malo? —soltó una insólita carcajada que debió retumbar en La Meca—. Todo lo contrario. Era un infeliz y yo le he dado un sentido a su vida. Además de dos hijos.

¿Sólo dos? Yo contaba tres, preferí no entrar en detalles. Erika me miraba con una franqueza aterradora, desafiante, a punto de decir algo irremediable o, nunca se sabe, una simpleza; respiraba hondo, como si estuviera por entrar en combate, su vestido celeste, los aros, el vaso de whisky en la mano y el humo lento del cigarrillo respondían bien a la inmovilidad dogmática de su dueña; no era posible saber si me acusaba de algo, o si me arrinconaba en representación del género humano; tenía un forcejeo en la mirada.

No encontré motivos para dejarme intimidar. —Está bien que se haya ido. Vos también sos experta en desapariciones.

Dudó un instante, luego reaccionó con toda la sabiduría acumulada, asentó el vaso en la mesita y, con la mano libre, hizo un ademán de alta escuela, indicando que todo era insignificante y prescindible: —Desaparecer tiene caída, como la ropa de buena calidad. —Por frases como esta se conoce a la gente.

El momento intransigente había pasado, nos movíamos con libertad, éramos dos viejos amigos rememorando misceláneas; me animé a preguntarle si había sido cierto su casamiento con un primo en Munich, una curiosidad sin malicia, con el único propósito de acomodar en su sitio aquella anécdota que tanta literatura oral había causado, y su respuesta encajó bien en el papel que quería representar.

—Más o menos. Acepté una propuesta honesta. Se trataba de alguien con quien se puede hacer negocios.

Desde el cuarto del fondo llegó un llanto, los chicos lo entendieron como un permiso para entrar en acción; la chiquita se perdió corriendo por el pasillo y el muchacho retomó su tarea de hacer rebotar la pelota; Erika se puso de pie de un salto, yo también, pero no me dio tiempo para despedirme, se fue con trancos largos, las piernas bien formadas y el potente trasero balanceándose a buen ritmo. Trajo al chico en los brazos, pareció sorprendido de verme todavía allí, ya no lloraba pero mostraba su contrariedad.

Yo había tenido tiempo de pasarme la mano por el pelo, arreglarme la corbata, y elegía fórmulas de despedida.

—Otro día hablaremos de cosas serias —le mostré el portafolios.

—¿Te parece que puedo asegurar mi vida? —Erika me adivinaba el pensamiento, cualquier parecido con una vida arropada era para ella un proyecto imposible.

El chico se encargó de aligerar la despedida, empezó a llorar, no había resquicios para sentimentalismos; Erika hamacaba los brazos, con resultado nulo, y procuraba mantener el tipo mientras la chiquita se le colgaba del costado, como si quisiera escalarla.

—¿Estás casado?

—Sí. No la conoces —quería abreviar.

—Entonces tendrás muchos hijos.

—Sí, uno —pero el chiste era malo y pasó desapercibido. Sólo quedaba hacer la reverencia del mago, nada por aquí, nada por allá, y buenas tardes. Cuando ya cerraba la puerta, se me ocurrió decir:

—¿Sabés a quién es idéntica mi mujer? A Afrodita.

Parpadeó un momento, y en el fondo de la memoria pescó una mojarrita que empezó a nadarle por la cara, le saltaba de un ojo a otro mandando señales de socorro, una ansiedad expectante que trataba a toda costa de salvarse:

—Entonces tenemos una charla pendiente.

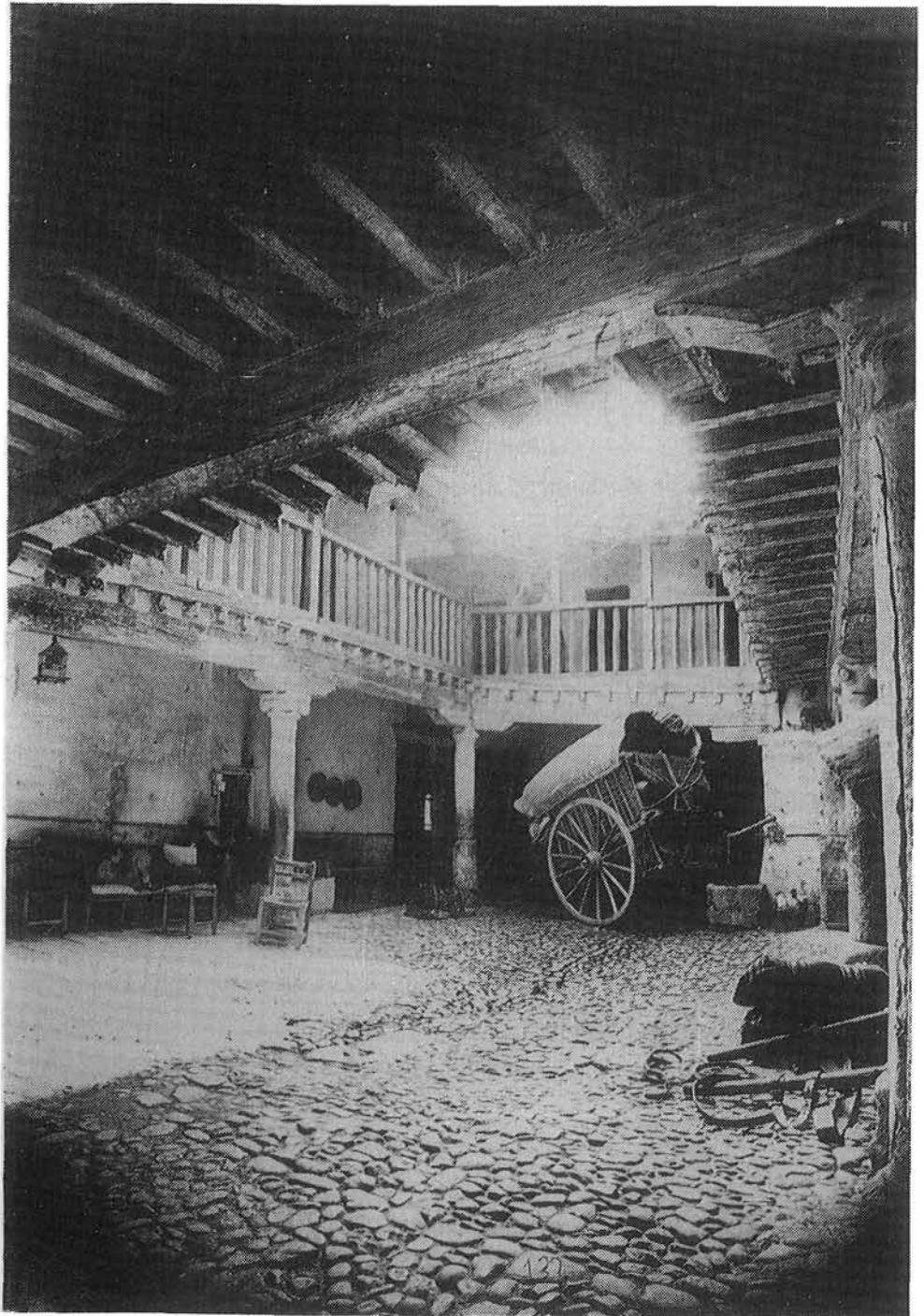
Ese chico llorando, esa chiquita prendida de la cintura de su madre, marcaban el libreto; en la puerta entrecerrada rebotó otro liberto, un pelotazo enviado desde adentro. La escena daba para varias posibilidades: llorar a coro, matar niños, escaparnos a una isla de la Polinesia, proponerle un negocio como su primo de Munich; opte por la frase arquetípica:

—Un día de estos te llamo y tomamos algo.

No era, ni dejaba de ser, una aceptación a su propuesta de diálogo, sino una de esas frases en las que trabaja la inestabilidad de la vida; la conocida práctica del doble mensaje.

Santiago Sylvester

«...un libro al que entramos riendo y del que salimos llorando: el único libro del mundo en donde las risas y las lágrimas son igualmente misteriosas...»



Casiano Alguacil:
Posada de la sangre
(hacia 1880)